

cuando lleva en sus brazos al niño Jesús, o bien cuando le lleva de la mano, mostrando su derecho y amor paternal: por el contrario, en representarle después viejo, no sólo no hay en eso inconveniente alguno, sino que parece enteramente conforme a razón y muy consiguiente a lo acontecido. Esto deberá observarse con más cuidado cuando se pinta a san José en el punto de morir, rodeado de Jesucristo y su madre, purísima esposa del mismo santo: lo que yo he visto observado muy bien repetidas veces en la pintura de un excelente artífice²⁷.

Creemos que la *desnaturalización de la imagen* en las representaciones novohispanas, corresponde a la particular devoción josefina del siglo XVIII y sus implicaciones políticas, sociales y culturales. Ahora San José no pierde entereza, incluso en aquellos momentos donde resultaría lógica una condición aminorada a causa del envejecimiento y los achaques de la agonía. Haciendo caso omiso de los tratados de arte o las descripciones piadosas, fabricar una iconografía opuesta a la canónica -mostrando al Patriarca imbatible, resignado y sereno-, al parecer fue una peculiaridad americana en miras a concretar la sublimación del conglomerado simbólico en torno a San José. Es decir, todas las virtudes potenciadas en el santo a su vez reflejan las propias de la sociedad que las anidan; se pone en marcha una dialéctica de exaltaciones, compartiendo esclavos y rey el mismo podio. La grandeza josefina: alabanza indirecta hacia Nueva España, carro identitario de combate que hace frente a la otredad y sus propios gigantes simbólicos. Para apuntalar lo dicho, contrastemos imágenes europeas con las novohispanas para percatarnos de sus singularidades.

Lleno de vehemente dramatismo, el cuadro de Giuseppe Maria Crespi dibuja los últimos instantes de San José. (fig. 3) En ajetreado dinamismo, los ángeles asistentes toman consciencia de la cercanía del fin; gesto denotado en aquel que sujeta el rostro josefino con un paño señalando al moribundo. Un segundo reza; otro más mira atento a la entristecida María, mientras posa la mano derecha sobre su compañero celestial, quien pide silencio para escuchar las reconfortantes palabras de Cristo poniendo frente a su boca el dedo índice. En el suelo debajo de la cama, se observan las herramientas de carpintería, una solitaria viruta y en primer plano la vara josefina con diminutos brotes, significando tal vez en abstracta correlación, la vida de su amo que lentamente se marchita. San José, de pómulos hundidos, ojos perdidos y pies ladeados ante la fortaleza que lo abandona, es cobijado por su manto ocre. Este último elemento connota la influencia pictórica que tuvieron entre sí las imágenes europeas.

²⁷ INTERIÁN DE AYALA 1782: 143–145.